

Yosef Hayim Yerushalmi,
Zajor. La historia judía y la memoria judía,
prólogo Harold Bloom, Barcelona, Anthropos,
Fundación Cultural Eduardo Cohen, 2002, 153 pp.

Pablo Yankelevich*

La relación entre historia y memoria judía no siempre fue simétrica. En el comienzo del siglo XXI no existe la menor duda de la importancia que reviste la historia, es decir, aquella disciplina capaz de explicar el acontecer de los hombres en el tiempo. El ejercicio de esta profesión, obliga al uso y observancia de herramientas y métodos capaces de penetrar en un entramado social, al que el historiador desea conocer de la manera más verídica posible. La historia, creación de los hombres en sociedad, es lo que sucedió y no lo que hubiéramos esperado que sucediera; dar cuenta de lo sucedido es tarea de historiadores; personajes, por cierto, verdaderamente escasos en la milenaria historia del pueblo judío.

De esto habla *Zajor*, libro publicado en inglés hace una década, en el cual Yerushalmi estudia las razones de una paradoja, la supervivencia de un pueblo a partir de prácticas sociales y rituales religiosos que recrean y reproducen una memoria colectiva. Memoria, que en muy pocas oportunidades fue interceptada por una actividad histórica capaz de explicar lo que realmente sucedió.

Yerushalmi es uno de los más destacados especialistas en la historia de los judíos, sobre todo en la historia de los judíos de un largo periodo donde este pueblo y su élite ilustrada parecía no estar interesada en dejar testimonio de su propia existencia. Se trata nada menos que de los quince siglos transcurridos entre la destrucción del Segundo Templo y la expulsión de España, y más tarde de Portugal.

Las páginas de *Zajor* están dedicadas a reflexionar sobre la relación de los judíos con su propio pasado y el lugar que el historiador ocupa en esa relación. *Zajor*, palabra hebrea con la que Dios, en el Antiguo Testamento, exhorta al pueblo de Israel a recordar su origen, obligaciones y destino, sirve de metáfora para intentar una aproximación a las razones por las que ese pueblo, fundado en el deber del recuerdo y la memoria, no fue capaz de generar una historiografía capaz de dejar un registro exacto de su existencia.

Sucede, indica Yerushalmi, que el llamado bíblico para recordar nada tiene que ver con la curiosidad por el pasado. Dios "a Israel sólo le dice que debe ser un pueblo de sacerdotes y un pueblo santo, en ninguna parte le sugiere que se convierta en una nación

* Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

de historiadores" [Yerushalmi, 2002:10]. La memoria es selectiva, la exhortación divina no es a recordar todo el pasado, sino sólo y exclusivamente los segmentos de una historia donde Dios intervino, junto a las respuestas que los hombres dieron a esas intervenciones. La invocación a la memoria no apunta a la historia humana, sino a la manera en que ella responde a una voluntad divina. El pueblo hebreo es el pueblo de la memoria por excelencia, una memoria transmitida mediante rituales religiosos y relatos bíblicos que colocan a Dios como el verdadero señor de la historia.

Si el guardián de aquella memoria era el sacerdote o el profeta, entonces qué lugar queda para el historiador, aquél interesado en escudriñar en el terreno de lo efectivamente acontecido. Yerushalmi explica el escaso desarrollo de esta disciplina entre los judíos, debido tanto a la condicionante bíblica respecto al acercamiento al pasado, como al rechazo de que fueron objeto muchos historiadores por parte de los líderes de una comunidad poco dispuesta a separar el pasado mítico del pasado real.

A lo largo de cuatro ensayos, Yerushalmi muestra las rutas que distanciaron la memoria y la historia judía desde los tiempos bíblicos hasta nuestros años. No se trata de una historia de la historiografía judía, sino del difícil encuentro entre una forma de evocar un pasado y una necesidad de dotarlo de un registro histórico.

En el primer ensayo son explicados los fundamentos de ese distanciamiento, cuando el profeta y el sacerdote tratan con la historia sagrada, cuando los rabinos cierran el canon de la Biblia alrededor del año 100 de la nuestra era, y cuando los judíos dejan de escribir historia, incluso la sagrada. Yerushalmi, explica que los rabinos nunca pretendieron escribir la historia, esa historia ya estaba escrita en los libros sagrados. Sin embargo, estuvieron "absortos en una exploración continua del significado de la historia que se le había legado, luchando por interpretarla para su propia generación y para las siguientes" [*ibid.*:21] Por ello, en la literatura religiosa, talmúdica y misdráshica, hay tantas interpretaciones del significado de la historia pero muy pocos registros de la historia mundana. Para los rabinos, la Biblia no sólo era un repositorio de la historia pasada, sino un patrón revelado de la totalidad de la historia, sabían que la historia sólo tenía un propósito, el establecimiento del reino de Dios en la tierra y que el pueblo judío tenía un papel central que desempeñar en ese proceso. Irónicamente ³/₄ subraya el autor ⁴/₄ "la ausencia misma de escritura histórica entre los rabinos puede haberse debido, en gran medida, al hecho de estar total e incondicionalmente absortos en la interpretación bíblica de la historia" [*ibid.*:26].

Esta aproximación ahistórica del pasado encuentra continuidad durante la edad media, asunto tratado en el segundo ensayo, donde el autor explora los mecanismos de transmisión de la memoria por medio de la liturgia, el ritual, la costumbre y la ley rabínica, en tanto formas de memoria muy alejadas de cualquier conocimiento histórico. El tercer ensayo resulta contrastante, al exhibir las primeras rupturas en la manera que, desde la antigüedad, el pueblo judío se había acercado al pasado. La expulsión de España en 1492, provoca una verdadera crisis en la conciencia judía capaz de estimular formas renovadas de escritura de la historia. Yerushalmi, indaga y explica esa explosión de

preocupaciones por el pasado, reflejada en la producción historiográfica de un grupo de eruditos como José Ha-Kohen y Azariah de Rossi, quienes intentaron las primeras aproximaciones históricas a lo sucedido en algunos segmentos de ese enorme paréntesis de quince siglos de olvido.

El trauma de la expulsión, potenció el interés por dotar de dimensión histórica a la existencia judía. Sin embargo, el esfuerzo no fue suficiente para instalar una producción historiográfica de manera permanente. Hacia el final del siglo XVI, este resurgir de la escritura histórica debió enfrentar la competencia, a la postre victoriosa, de esa otra ruta que transitaron los hebreos en búsqueda del sentido de un sufrimiento y un exilio que parecía no tener fin, la *cábala luriana*. Los judíos entonces, sin definirse a sí mismos mediante categorías históricas, creyeron encontrar la clave de su historia en un imponente mito metahistórico de pronunciado carácter gnóstico:

Este mito establecía que todo mal, incluido el mal histórico que era el exilio judío, hundía sus raíces en tiempos anteriores al comienzo de la historia, antes de que el jardín del Edén fuera sembrado, antes de que el mundo existiera, en una trágica falta original que ocurrió precisamente durante la creación del cosmos mismo [*ibid.*:92].

El cuarto ensayo, "Dilemas modernos", cierra este recorrido por los desencuentros de la memoria y la historia judía. Yerushalmi demuestra que la moderna historiografía quedó establecida, una vez que se negó el meollo vital sobre el que se funda una memoria de existencia milenaria, esto es, la creencia de que la divina providencia constituía el actor principal en la historia judía. Al producirse este deslinde, el pensamiento histórico liquida el carácter único de la historia judía, para ubicarla en su real dimensión, es decir, dentro de la historia humana.

La moderna historiografía no derivó entonces de un pensamiento histórico precedente, ni de escritos históricos anteriores, tampoco de una evolución gradual y orgánica, como es el caso de la historiografía general moderna, cuyos orígenes se remontan al Renacimiento. Por el contrario, la moderna historiografía judía surgió del proceso de asimilación que caracterizó la súbita salida del gueto emprendida por los judíos desde el principio del siglo XIX. "Se originó no como una curiosidad académica, sino como una ideología, como una entre toda una gama de respuestas a la crisis de la emancipación judía, y como una lucha para obtenerla" [*ibid.*:100].

En este sentido, los modernos historiadores judíos no son herederos de los rabinos o de los cabalistas, sino de aquel patriarca del historicismo europeo que fue Leopoldo von Ranke. Desde hace dos siglos, la historia judía se ha secularizado, y esto en sí mismo se significa como la más importante ruptura que los judíos han hecho respecto a su pasado. Yerushalmi se detiene en ello y lo explica. El descubrimiento de la historia por parte del hombre occidental no es una simple curiosidad en el pasado, cosa que por cierto el hombre siempre ha tenido, sino una nueva conciencia, la percepción de una dimensión temporal fluida de la que nada está exento. La consecuencia más importante para la historiografía judía fue dejar de ver al judaísmo como algo dado de manera absoluta y sujeta a una definición *a priori*. "De ahora en más, el judaísmo es inseparable de su evolución

en el tiempo, de sus manifestaciones concretas en determinados momentos de la historia" [*ibid.*:109]

Zajor concluye con un texto ya clásico, "Reflexiones sobre el olvido", publicado a manera de posfacio. Se trata de un material de consulta obligada para todos aquellos interesados en las relaciones que la memoria y la historia mantienen con el pasado. Llegado a este punto, Yersuhsalmi subraya la tarea del historiador por entender el pasado a partir de textos, acontecimientos y procesos que en la mayoría de los casos no forman parte de la memoria. El historiador no recobra una memoria, sino que recrea un pasado en detalles, formas y texturas que no reconoce la memoria colectiva. El historiador no rellena vacíos de la memoria, por el contrario, su obligación es cuestionar esos recuerdos que han llegado hasta nosotros. El asunto no es saber si Moisés recibió las tablas de la Ley, sino lo que se trata de comprender es por qué un pueblo, después de miles de años, aún cree en Moisés y en la Tablas de la Ley. La investigación histórica permite recorrer a contrapelo aquello que recoge la memoria. Ésta, por naturaleza es selectiva, sólo algunos recuerdos perduran, el resto es eliminado, descartado, y este proceso de selección debe ser alterado, invertido, contrapunteado por el historiador. Tarea, que hoy más que nunca revela todo su imperativo moral, contra los agentes del olvido, contra los asesinos de la memoria y la distorsión deliberada del registro histórico, contra los conspiradores del silencio y la invención de pasados mitológicos al servicio de los poderes de la oscuridad, sólo el historiador, con su austera pasión por el hecho, la prueba, la evidencia; puede montar guardia eficazmente para evitar que el ángel del olvido descienda sobre todos nosotros.